

MIS PASEOS CON SOMBRERO

Navarrés. Agosto 2013.



Promesa incumplida...de momento

Fue en la velada de una noche de verano que le prometí un cuento. Una noche de esas de verano, en Navarrés, con el estómago agradecido por la cena, al amparo del frescor de la noche y aromatizados por las flores, el romero y el tomillo, que prometí escribirle un cuento. La protagonista debía llamarse como ella, Alicia, y la ambientación debía situarla en la época en que estas



tierras estaban pobladas por moriscos y cristianos, agricultores en su mayoría, que aprovecharon la abundancia de agua y la buena tierra para vivir de ella. Aunque cristianos y moros vivían en comunidades distintas, todo ellos se respetaban, se relacionaban, aprendiendo los cristianos de las avanzadas técnicas de regadío que los musulmanes habían implantado. En el fondo, compartían la creencia religiosa del mismo Dios, y los pocos matices que existían el tiempo los fue laminando. En el cuento debía aparecer la navegación por barco, ya que durante una época, el marido de Alicia se dedicó a ello, lo que me pareció muy poético.

La protagonista, de ascendencia árabe, y un joven cristiano se enamoran, e inician un noviazgo que no es mal visto por las respectivas familias. La vida transcurre apacible en ambas comunidades. Las noticias de los comerciantes que llegan a la zona hablan de la penetración cristiana desde el norte, guerreros armados que toman estas tierras y acaban expulsando a los moriscos. Cuesta de creer es esas noticias. Parece algo lejano.

Es invierno. El pretendiente de Alicia se dirige a su casa para llevarles moniatos con los que preparar dulces. De pronto ve aparecer jinetes armados que asaltan el poblado de los moros. Lo cercan y en cuestión de horas son expulsados de sus tierras. La gente llora y el novio de Alicia, impotente, la ve alejarse entre el grupo de musulmanes. El cuento debía acabar con el pretendiente de Alicia, embarcado en un velero, atravesando el Mediterráneo, en dirección al norte de África, a la búsqueda del amor de su vida que la intolerancia había arrancado de su lado. Un final abierto, pero lleno de esperanza.

Bueno, el caso es que no he podido escribir ese cuento, pero al menos os he contado la historia y confío que Alicia sepa disculparme. Le prometo que algún día lo acabaré, quizá una noche de verano, en Navarrés, al frescor de la noche entre el canto de los grillos nocturnos y el ladrido de algún perro solitario.

Ranas, cigarras y sol

La subida por la cuesta me resultó penosa. El nombre de la calle, inexistente, la pude averiguar en el google maps, y respondía al enigmático nombre de “calle proyecto nº 3”. Escalones de piedra al principio, senda pedregosa después que acaba justo en el Alto, frente a los almacenes que dispone allí la Cooperativa. Llegue sin resuello. La cena de la noche anterior, en Playamonte, carnes a la brasa como compensación por un cuento que



no escribí, había desplazado mi centro de gravedad a la zona abdominal, cuya curva amenazaba peligrosamente con hacer saltar algún botón de mi camisa. Mientras resoplaba subiendo las escaleras pensé que igual engordaba las muchas risas que las carnes asadas ingeridas, porque a fe mía que nos reímos como solemos hacerlo cada vez que Alicia y Tino nos abren su casa, poblada de un amenazador perro, pastor alemán, por más señas, al que creo que lo de “pastor” le viene que ni pintado: pero por su beatífica condición. Algunos gatos de la casa nos vigilaban de cerca, ajenos a las carcajadas, que los felinos deben considerar que es el lenguaje habitual de aquella casa.

Al alcanzar, por fin, el camino plano que lleva a la Ermita, pasé por la antigua “Balsa del Alto”, lugar donde de niño me bañaba junto con otros chicos del Pontet. Ahora estaba vacía, una mera charca que al acercarme me sorprendió el intenso ruido del chapoteo de las ranas que se escondían en las algas. Miré su fondo. Miles de renacuajos oscilaban su cola en las aguas remansadas, como espermatozoides sin dirección ni destino. Seguí caminando. Un gato me observó arrogante bajo la sombra de un olivo: apenas rotó su cabeza mientras sus ojos, entrecerrados, me observaban alerta. Pasé de largo y llegué a la Ermita. Me senté en un banco de madera y anoté algunas frases en mi libreta. Después, ya descansado, continué por el camino que llaman “El camino de la cuevas” que partiendo detrás de la Ermita baja al pueblo por su lado norte. Desde allí la vista es hermosa, a la derecha el castillo, o lo que queda de esa antigua fortificación íbera, los muros, escondidos entre el verde de arbustos, árboles y sotobosque, al fondo, recortado en el horizonte el cementerio del pueblo de color blanco, flanqueado por cipreses. Sigo caminando y el canto de las cigarras, va en aumento, advirtiéndome así del calor que el sol comienza a prodigar. El aire es ya caliente y parece solidificarse. Hora de regresar a resguardo de la sombra, en busca de conversación, entre gentes del pueblo. Entre amigos.

El último abrevadero

Es seguramente el último abrevadero que existe en el municipio. Se halla dispuesto en la parte alta del pueblo, en la encrucijada de varios caminos. Antes había varios abrevaderos, incluso uno que presidía el centro de una plaza, pero ahora ya solo queda este, como vestigio mudo de un época en que los agricultores abrevaban allí sus caballerías al regreso de su jornada, o los pastores a sus cabras antes de entrar al corral.



Un canalillo alimenta de agua fresca el abrevadero, solo su sonido rompe el silencio de una mañana de agosto en la que ya no hay animales que ahora sacien su sed en esa agua. Parado frente a él observo y es su visión lo que me trae recuerdos de infancia: los animales levantaban el polvo al subir por la cuesta, mulas y asnos con sus serones a cuestas. El ruido de sus cascotes metálicos al chocar con la piedra caliza conforma el ritmo pausado de la procesión. Algunas boñigas ruedan por el suelo y me alcanza su olor caliente, que el aire fresco del atardecer lleva a mi olfato. El sol se esconde y con él la luz atenúa y alarga las sombras. Los agricultores sonrían al encontrarse en el cruce y se dirigen palabras de saludo, o un simple gesto con la cabeza. Vuelven a sus casas. A recuperar el aliento hasta la mañana siguiente, en la que quizá volverán a realizar ese mismo camino.

Miro por última vez el abrevadero y me alejo de allí pensando que es probablemente el símbolo de un pasado que ya no muchos pueden recordar.

El búnker imaginario

Ya he narrado en mis libros la atracción que El Alto tenía para nuestras mentes infantiles. Allí se sucedían batallas imaginarias, mezcla de los tebeos de aventuras de El Capitán Trueno y las películas del oeste del cine Montecarlo. Clint Eastwood, a la sazón protagonista de buen número de películas de Sergio Leone era nuestro preferido; bastaba verlo plantado en medio de la solitaria calle de un pueblo del oeste, con la gente escondida



que observa temerosa el enfrentamiento que se prevé sangriento, con un poncho mexicano cubriéndole el cuerpo, el rostro semioculto por el ala del sombrero y un cigarro puro que girar entre sus dientes. Los malos, frente a él, de aspecto patibulario desenfundan rápidos y se inicia una ensalada de tiros que nos hacía subir la adrenalina del cuerpo. Máxime cuando tras la balacera solo queda nuestro héroe, salvado gracias a su pericia con la pistola y a la armadura metálica que esconde el poncho. Listo que era el tío. Y esto sin dejar de fumar su purito.

Uno de los edificios misteriosos en el Alto era el depósito de agua, cuya forma recuerda a un búnker alemán de la II Guerra Mundial. Allí a veces había acompañado a mi padre y a “Modas”, encargados del agua del pueblo e íntimos amigos, para reparar alguna bomba. Ver por dentro el “búnker” era un privilegio. Los amigos, en nuestros juegos, me asaltaban con preguntas sobre que había visto allí adentro, y yo les mentía contándoles, muy ufano, que había podido ver un nido de ametralladoras y cajas de munición vacías, con las letras impresas de TNT o Dynamite, así en inglés, como lo recordaba de las películas.

Volví a rememorar esos recuerdos aquella mañana de agosto al ver el “búnker”. Ahora me parece pequeño, pobre y abandonado, en el que crecen de manera incomprensibles hierbajos y antenas de comunicación a la vez. Ha perdido el esplendor de antaño, es cierto, pero para mi sigue manteniendo idéntico su misterio.